

”Estar en Babia”*

César Álvarez

Departamento de Historia. Universidad de León

Estar en Babia, lo que se dice “*estar en Babia*”, es un estado de ánimo muy corriente. Ahora bien, lo que mucha gente no sabe, sobre todo si no procede o vive en estas tierras del norte peninsular, es que Babia, recientemente declarada Reserva mundial de la Biosfera, no es un país imaginario ni una comarca desprendida de alguna invención maravillosa, sino un rincón pintoresco de la montaña leonesa, tierra de fértiles pastos y trashumancia, veraneo obligado, desde el lejano periodo medieval, para los grandes rebaños de la Mesta.*

Para la mayoría de los españoles Babia es, creo yo, algo así como una cursal del “*limbo de los justos*”, una zona etérea donde se diluye nuestro espíritu apaciblemente, la figuración de una inopia perdida entre el sueño y el olvido, el lugar en el que se encuentran algunos sabios. Si nos distraemos, si nos embobamos: ¡estamos en Babia! Aceptación ésta muy extendida por todo el mundo y que toma el Diccionario de la Real Academia: “estar distraído y como ajeno a aquello de que se trata”.

¿De dónde proviene ese dicho vulgar que ya Quevedo usaba repetidamente en sus obras? Eso es ya más difícil de explicar. Pero a mi entender, como babiano de nacimiento y conocedor, creo, de la historia de nuestra Comunidad puede proceder de alguna de las siguientes versiones o posibilidades:

El misterio de Babia, la razón de que un Valle de la realidad (Valle enclavado entre el N. y NO. de la actual provincia de León limítrofe con los concejos asturianos de Teverga, Quirós y Somiedo y con los leoneses de Laciana, Luna y Omaña) haya adquirido “la aureola de la fantasía”, como escribe Luis Mateo Díez en un precioso libro: “Valles de Leyenda”, y se haya convertido en una metáfora de la feliz y de la nostálgica ausencia puede proceder, en primer lugar, de esa leyenda sustentada en la sugestión de su paisaje, en el reconocimiento cierto de su belleza, quizás incluso se pueda complementar con la des-

* Quiero dedicar mi pequeña participación en este Homenaje a mi ex-alumna María José y, por supuesto, a Joaquín, su marido, colega de largos y entrañables años, desde los tiempos del Colegio Universitario de León, en donde fraguamos amistad duradera hasta que la muerte prematura, nos privó de su compañía.

tacada hospitalidad de los babianos que ya el inglés Townsend captó en 1786 en su viaje por la comarca.

Es evidente que en el contenido de la frase hay un componente arcádico. La imaginería pastoril, la aureola idílica de un mundo de ensoñación, nutre ese mito de una tierra arcana y melancólica. Fueron probablemente los pastores, tan abundantes desde los tiempos medievales en la comarca, los que hayan compuesto esa nostalgia del paisaje perdido como consecuencia de sus viajes periódicos por las rutas de la trashumancia, cañada arriba y cañada abajo, peregrinando con mastines y rebaños de Babia a Extremadura pasando su vida en esas tierras del Sur de octubre a mayo, marcando una memoria de aventura y supervivencia. Sería frecuente verlos en la lejanía extremeña ensimismados, absortos, añorando por Navidad, por Carnaval o por la Cuaresma la caricia de la aldea propia, el dulce hogar y el ausente amor. Esos pastores tenían prendido su pensamiento en Babia. En la soledad de los campos y dehesas estaba siempre presente el recuerdo de su lugar originario, el deseo, desde la distancia, de estar en ella. Pronto ese ánimo plasmado en esa locución se generalizó entre todos los pastores, de Babia, de Segovia o de Cuenca, y estar en Babia acabaría significando toda suerte de inhibición, de abstracción, de atolondramiento.

* * *

Una segunda acepción que parece tener una cierta apoyatura histórica sostiene que en los lejanos tiempos del Reino de León (siglos X-XIII) acudían sus reyes, huyendo muchas veces del duro trabajo de la guerra, a descansar y practicar en sus abundantes bosques el noble deporte de la caza; a gozar de sus idílicos paisajes; a pasar con las despiertas y hospitalarias gentes babianas unos días de asueto y descanso lejos, por tanto, de sus quehaceres habituales. El rey entonces "*estaba en Babia*", estaba ausente, de vacaciones podríamos decir hoy, y a ella querían ir no sólo sus nobles cortesanos sino todos aquellos que tuviesen en sus retinas el verdor de sus prados, la huella de la nieve, o la mágica contemplación de sus simas y cumbres, de esa Peña Ubiña (Peña Ubina para los nativos y próximos a ella) que preside toda la comarca.

Desde este punto de vista histórico debo señalar que en Babia, en efecto, sí estuvieron, durante la Edad Media, los reyes de León o de León y Castilla pues en la comarca expidieron importantes documentos, y muy especialmente Fernando II y Alfonso IX, los dos monarcas privativos de nuestro Reino. Sólo quiero recordar ahora que el conocido Fuero de Rabanal del Camino, que en 1169 reciben sus moradores de Fernando II y su mujer Urraca, está concedido "in Vaabia", tal como nos recuerda un privilegio rodado existente en el archivo de nuestra Catedral. Pero también es cierto que ningún palacio, edificio palatino o corte u otro resto monumental alguno se ha conservado en la zona. Algo realmente extraño si a ella hubiesen acudido con tanta asiduidad. Es más ni siquiera en la rica y variada toponimia babiana existe, que yo sepa, algún término alusivo a la presencia regia: ninguno de los clásicos topónimos como "la silla del rey", "el cazadero del monarca", "el mirador real" o terminologías parecidas tienen aquí localización.

* * *

“Estar en Babia”

Quizás conociendo estas sugerentes posibilidades se pueda mejor comprender el hecho de que a esta tierra la hayamos convertido todos: bucólicos y numerosos pastores, avispados viajeros, interesados peregrinos y vaqueros, destacados nobles y reyes en un mito, en una metáfora, en un idílico lugar del que notamos su ausencia.